

172.º período de sesiones del Consejo de la FAO

Tema 5: Los desafíos de la seguridad alimentaria mundial y sus causas: los conflictos y las guerras en Ucrania y otros países, las desaceleraciones y recesiones económicas y el cambio climático

En 2022, la economía mundial siguió haciendo frente a perturbaciones concurrentes y a la difícil recuperación tras los efectos de la pandemia de la enfermedad por coronavirus (COVID-19). Sobre la base del documento del Consejo CL 171/3, en el que se proporcionaba información actualizada sobre la situación de la inseguridad alimentaria mundial y la respuesta de la FAO, en el presente documento (CL 172/5) se examinan los desafíos para la seguridad alimentaria mundial y sus causas. Se señalan los riesgos actuales y a más largo plazo para la seguridad alimentaria mundial, incluidas las repercusiones específicas de la guerra en Ucrania, y se describen las medidas necesarias para mitigar los efectos de la crisis, especialmente sobre los más vulnerables.

Los desafíos de poner fin al hambre y a la inseguridad alimentaria siguen creciendo. En la edición de 2022 del informe *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo* (SOFI) se estimó que el número de personas subalimentadas en el mundo había aumentado a 828 millones en 2021, es decir, 150 millones más desde el inicio de la pandemia de la COVID-19. Además, durante los últimos siete años, la inseguridad alimentaria aguda también ha experimentado una tendencia al alza, tanto en números absolutos de personas como de prevalencia.

Las crecientes tendencias del hambre crónica, la inseguridad alimentaria aguda y la malnutrición son el resultado de una confluencia de factores, a saber, los conflictos y las guerras, la variabilidad del clima y los fenómenos meteorológicos extremos, las desaceleraciones y recesiones económicas, las crecientes limitaciones de recursos y la inestabilidad social y política. Las condiciones subyacentes, como la pobreza y la desigualdad, en ocasiones impulsadas por políticas desfavorables, dificultan los esfuerzos encaminados a mejorar los resultados en materia de seguridad alimentaria y nutrición.

Los conflictos y las guerras destruyen los medios de vida y desplazan a las poblaciones, a menudo durante períodos prolongados con perspectivas inciertas de regreso y recuperación. Los conflictos y el hambre se refuerzan mutuamente. Sin mejoras significativas en la resolución de conflictos basada en una voluntad política firme y sostenida, no se pueden lograr mejoras sustanciales y duraderas en materia de seguridad alimentaria.

El cambio climático no solo repercute en el nivel de producción agrícola y de alimentos, sino que conlleva mayores riesgos asociados con los fenómenos meteorológicos extremos, cambios en los patrones de siembra y brotes de plagas y enfermedades. A más largo plazo, los cambios en los patrones meteorológicos también contribuyen a una mayor presión sobre recursos naturales limitados, lo que provoca controversias locales que repercuten negativamente en la seguridad alimentaria y la nutrición y, en última instancia, impulsan la migración y el desplazamiento de la población cuando la agricultura no proporciona oportunidades de subsistencia adecuadas.

Las perturbaciones económicas dan lugar a episodios de desaceleración y recesión de la economía, con grandes repercusiones en la seguridad alimentaria. En los hogares, reducen las oportunidades de subsistencia y los ingresos reales, mientras que, en el plano nacional, inciden sobre la capacidad para mantener inversiones a largo plazo o incluso para pagar las importaciones de primera necesidad. La desaceleración, el debilitamiento y la recesión de la economía también pueden desencadenarse como consecuencia de conflictos y guerras, como es el caso de la guerra en Ucrania, lo que agrava y prolonga la crisis de seguridad alimentaria.

La dinámica demográfica también representa uno de los principales factores de cambio en los hábitos de consumo y la demanda de alimentos. El envejecimiento de la población y el aumento de la urbanización tienen importantes repercusiones para la agricultura y las comunidades rurales, así como para la seguridad alimentaria y la nutrición.

A corto plazo, los países más afectados por el hambre deben recibir ayuda humanitaria urgente y adecuada, y poder brindar medidas de protección social eficaces para salvaguardar la seguridad alimentaria y la nutrición de sus poblaciones. A más largo plazo, es esencial contar con inversiones en agricultura, desarrollo rural, sistemas comerciales, innovación, tecnologías de la información y la comunicación, salud y educación a fin de reducir la vulnerabilidad de los hogares y fomentar su resiliencia para soportar las perturbaciones. La transparencia de los mercados y la coordinación de las respuestas en el ámbito de las políticas también son fundamentales. Es preciso llevar a cabo urgentemente una transformación radical de los sistemas agroalimentarios para que sean más eficientes, inclusivos, resilientes y sostenibles con miras a conseguir una *mejor producción*, una *mejor nutrición*, un *mejor medio ambiente* y una *vida mejor* que permitan hacer realidad la visión de la Agenda 2030 de no dejar a nadie atrás.

Sr. Máximo Torero Cullen, Economista Jefe